LA ILVSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 8 DE ABRIL DE 1889 — NÚM. 380

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



GALICIA.—REGRESO DEL MONTE dibujo de B. Galofre.

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Zapatero... ¡á tus zapatos!*, por don Luis Coll. – *El bobo del pueblo*, por don Carlos Quevedo. – *Cría de gansos en los Estados Unidos.*

Grabados. – *De regreso del monte*, dibujo de B. Galofre. – *La ninfa Klystia*, estatua de marmol modelada por Juan Benk. – *¡Ya es viejo Pedro para cabrero!*, cuadro de Hermann Kaulbach. – *El primer paso en el mundo*, cuadro de E. L. Garrido. – *Obras de J. Pablo Laurens.* – *Alejandro I, rey de Servia.* – *Juan Ristitsch, regente del reino.* – *Gansos americanos provistos de calabazas, llenas de agua para beber.*

NUESTROS GRABADOS

REGRESO DEL MONTE, dibujo de B. Galofre

Una nueva y hermosa página con que este distinguido artista ameniza las de nuestro periódico, y en la que la figura del boyero, las de los tardos cornúpetos y el frondoso ramaje de que está cargada la carreta como sólo puede cargarse contando con la extraordinaria fuerza de aquellos animales, están trazados con la verdad y soltura tan características en nuestro amigo y compatriota el señor Galofre.

LA NINFA KLYSTIA, estatua de mármol modelada por Juan Benk

Cuenta la mitología que la ninfa Klystia, enamorada del astro del día y por éste desdeñada, fué consumiéndose de tristeza y acabó por convertirse en la flor vulgarmente conocida con el nombre de girasol cuyo cáliz mira constantemente al adorado cuanto infiel amante.

Cuando se construyó el nuevo Teatro de la Corte, de Viena, Benk que había recibido el encargo de modelar la estatua-candelabro destinada á iluminar el corredor imperial se apoderó del mito que en un antiguo y amarillento almanaque había descubierto y le dió forma corpórea por medio de una hermosa figura que representa á la desdeñada ninfa, contemplando en sus propias flores iluminadas eléctricamente la imagen del astro causa de sus desventuras.

Cómo salió el artista de su empeño díjolo elocuente la exclamación unánime de cuantos en la última Exposición del Jubileo contemplaron absortos tan acabada escultura: el fallo del público en masa fué que la Klystia de Benk era la perla del certamen. El nombre de esta ninfa se hizo popular y no hubo quien no hablara con entusiasmo de «la marmórea hada eléctrica, la del nicho de felpa encarnada» y lo que es por esta vez la crítica estuvo enteramente conforme con la *vox populi* prodigando sus incondicionales alabanzas á esa obra de cuyas bellezas apenas puede formarse pálida idea por el grabado que hoy ofrecemos á nuestros abonados.

¡YA ES VIEJO PEDRO PARA CABRERO! cuadro de Hermann Kaulbach

Hay cuadros cuyos autores han estado tan afortunados en la elección del título que la simple enunciación de éste y el más ligero examen de aquéllos hacen ociosa toda descripción. Fíjense nuestros lectores en el protagonista del de Kaulbach, en el anciano bufón que intenta con sus poco expertas manos convertir en hilo sutil la informe masa atada á la rueca y cuya fisonomía demuestra bien á las claras que no es aquel el trabajo que mejor se aviene con sus aptitudes, examinen uno por uno los rostros de las jóvenes que con sus burlonas sonrisas saludan la nueva bufonada del histrión; detengan especialmente su mirada sobre la bellísima figura de la niña que embobada en la contemplación de aquella escena olvida por un momento la labor con tanto empeño comenzada y digan luego si podía darse título más adecuado al asunto que en el cuadro se trata. Y una vez convencidos de la imposibilidad de encontrar otro mejor ¿necesitarán que nos detengamos en enumerar las bellezas de ejecución que el lienzo atesora? Parécenos que mejor que las explicaríamos nosotros habrán de comprenderlas los que admiren esta preciosa obra del especialista en la reproducción de las costumbres y de los tipos de la Edad media, manantial inagotable de bellezas para los que con verdadero amor cultivan las artes bellas.

EL PRIMER PASO EN EL MUNDO cuadro de E. L. Garrido

¡Cuántos de nuestros lectores al contemplar el cuadro de Garrido se sonreirán recordando que también ellos han dado su primer paso en el mundo y se han encontrado tan cortados y perplejos como el mozalbete que frente á frente de elegante y hermosa dama no acierta á articular media docena de palabras, ni á moverse dentro del primer frac, ni á apartar las manos del flamante sombrero de muelles!

Pocos, muy pocos son los que al penetrar por vez primera en espléndidos salones, al fijar sus tímidas miradas en cien beldades realzadas por tocados irreprochables, al escuchar el incesante murmullo en que el ruido de las voces ora ahoga ora es ahogado por los acordes de la música, al respirar los mil perfumes que se escapan de las fragantes flores que asoman sus hojas por entre tenues gasas ó descansan artísticamente puestas sobre sedosas cabelleras, pocos, muy pocos – decimos – habrán dejado de sentir un vértigo indefinible que les habrá obligado, siquiera por unos momentos, á refugiarse en el más solitario rincón de la suntuosa morada. Y si una vez en su apacible retiro se vieron sorprendidos por alguna bondadosa beldad que tratara de animar á los pusilánimes ¿qué otra postura adoptaron más que la admirablemente reproducida por Garrido?

En este concepto la mujer es muy superior al hombre: para una niña no hay primer baile (hablamos desde el punto de vista de la cortedad) sino que desde el primer instante está en su elemento y no parece sino que en su vida no haya hecho otra cosa que frecuentar esta clase de fiestas; el primer baile es interminable para el hombre, para la mujer el primer cotillón no tiene más defecto que ser el principio del fin, la señal de despedida.

Pero no por esto compadezcáis al imberbe adolescente; dejadle que se lance y veréis al apocado polluelo de hoy convertirse mañana en arrogante gallo, en conquistador empedernido, en perseguidor del bello sexo con más aplomo y más osadía, aunque generalmente con menos agallas y buena suerte, que el legendario héroe inmortalizado por Tirso, por Lord Byron y por nuestro incomparable Zorrilla.

OBRAS DE JUAN PABLO LAURENS

Juan Pablo Laurens ocupa entre los pintores franceses contemporáneos una posición especial, por cuanto si se atiende á los asuntos que constituyen casi todas sus obras, al punto de vista bajo el cual las trata y á su factura particular, es genuino descendiente de la escuela romántica; mientras que hoy predominan en Francia, tanto en literatura como en arte, las aficiones naturalistas. Sin embargo el romanticismo de M. Laurens, si de romanticismo puede calificarse su género, se halla en armonía con la influencia positiva que predomina en la generación actual, y así lo demuestra en los muchos lienzos con los que se ha dado á conocer ventajosamente.

Tres de ellos reproducimos hoy en nuestra Ilustración. El titulado *Teodeberto y Thierry II* representa la emboscada en que el segundo hace caer al primero para asesinarle y apoderarse de la Austrasia que aquél poseía en herencia. En el segundo, *El Repudio de Berta, mujer de Roberto el Piadoso*, está pintada con caracter verdaderamente dramático la escena en que el infortunado hijo de Hugo Capeto, obligado por el terrible anatema de la Iglesia fulminado contra él por negarse á separarse de su esposa Berta, obedece mal de su grado al mandato de Roma, que había exigido el repudio por tener Berta algún parentesco con él. Finalmente, el tercero, *La Excomunión de Roberto el Piadoso*, figura el momento en que, pronunciadas las fórmulas del anatema con arreglo á las órdenes del pontífice Gregorio V, se retira el clero, dejando solos á los regios cónyuges, abrumados bajo el peso de las maldiciones de la Iglesia.

En los tres cuadros se revela el estudio particular que ha hecho el artista de aquella antigua y agitada época de la historia de su país, tan á propósito, por otra parte, para inspirar á cuantos se dediquen al género histórico, y el brillante fruto que ha sacado de dicho estudio. Sus cuadros están impregnados de color local hasta el punto de creerse uno trasladado al período en que aun no estaba enteramente constituída la nacionalidad francesa, y tanto en la indumentaria como en los accesorios y en los tipos se echa de ver que M. Laurens es un pintor de tanta conciencia como conocimientos artísticos.

ALEJANDRO I, rey de Servia JUAN RISTITSCH, regente del reino

La reciente abdicación del rey Milano ha puesto la corona de Servia sobre las sienes de un niño de doce años y el gobierno en manos de un consejo de regencia cuyo primer miembro es el rusófilo Juan Ristitsch.

Poco podemos decir del nuevo soberano: nacido en 14 de agosto de 1876, una época bien triste por cierto para su patria, vió sonreir muy luego días más felices gracias á la derrota sufrida por los turcos en la guerra de Oriente y á la elevación del principado servio á reino independiente en 6 de marzo de 1882. Su madre, adicta á Rusia, cuidó de presentarlo á la corte de San Petersburgo (1886) en donde fué objeto de cordialísima acogida y procuró darle una educación correspondiente al elevado puesto que un día había de ocupar é inspirada en sus tendencias y aficiones políticas, educación que hubo de dar ópimos frutos gracias á la clara inteligencia y natural talento del joven príncipe y que comenzada en Wiessbaden se completó en Belgrado después del divorcio de sus padres.

Juan Ristitsch nació en Kragujewatz de padres pobres en 1831 y estudió historia, filosofía y derecho en Berlín, Heidelberg y París recibiendo el grado de doctor en la segunda de estas capitales. Encargado del gobierno del principado servio á la muerte de Obrenowitsch fué nombrado en 20 de julio de 1868 corregente, en unión de Blasnawatsch y Gabrilowitsch, siéndole confiada la educación del príncipe Milano que á la sazón contaba 14 años. Presidente del Consejo de ministros en 1873, empezó á trabajar con ahinco por el logro de los deseos nacionales de Servia, cuya realización sólo creía posible mediante el apoyo é influencia de Rusia, pero en 1873 hubo de abandonar el gobierno vencido por el partido austrófilo á cuyo frente figuraba Marinowitsch. A los tres años, sin embargo, volvió á predominar en Servia la influencia rusa y con la nueva subida de Ristitsch coincidió la declaración de guerra á Turquía; mas en 1880 cayó nuevamente y la elevación de este principado á reino independiente se realizó en plena preponderancia del influjo de Austria.

La abdicación de Milano y el entronizamiento de Alejandro I con Ristitsch por primer regente significan el nuevo triunfo de la política del czar. ¿Será definitivo? La accidentada historia de la península de los Balkanes no permite abrigar grandes esperanzas sobre este particular: la cuestión de Oriente ha llegado hasta tal punto á ser la piedra de toque de la política europea que no es aventurado creer que en breve plazo ha de suscitar nuevas contiendas cuyo resultado es imposible de prever dados los esfuerzos titánicos que cada una de las partes está haciendo por atraer cada día á su causa nuevas potencias aliadas. Los círculos diplomáticos consideran inminente la guerra. ¿Quién disparará el primer cañonazo? No lo sabemos, pero téngase por seguro que sobre él caerá la maldición de los pueblos que no pueden ya soportar el peso de tan colosales armamentos y la execración de la historia que en pleno siglo diez y nueve, cuando tanto se estiman y desean los beneficios de la paz habrá de llenar nuevas páginas de sus anales con sangre derramada por la ambición de aquellos que un día pudieron ser llamados representantes de Dios y que hoy ni siquiera merecen el dictado de simples patriotas, ya que no es con desastrosas guerras como mejor se sirve y se engrandece á la patria.

ZAPATERO... ¡Á TUS ZAPATOS!

I

CASTILLOS EN EL AIRE

Discutíase en una taberna de los suburbios de Madrid acerca del próximo sorteo de la Lotería de Navidad; sorteo que tiene el privilegio de hacer construir «castillos en el aire», esos *chateaux en Spagne*, con que allende el Pirineo nos dan patente de soñadores ó de ilusos.

Cada cual de los alegres concurrentes levantaba esos castillos con los materiales más propios de su habitual profesión, sin curarse para nada de si realmente en la lotería la suerte lleva á la desgracia, y de si «el premio gordo» viene casi siempre en compañía de su hermana la locura, ó de sus hijos la inmoralidad, la disipación y el despilfarro.

Es muy entretenido eso de dar inversión á un capital que no se tiene, y á tal diversión se entregaban los alegres concurrentes á la taberna.

– Yo, – decía un cochero, que nunca ascendió de la honorable clase á que antaño dió nombre cierto Mr. Simón, – sé bien lo que haría. Montaría un establecimiento de coches de lujo, que se dejaría muy atrás á los de Lázaro y Antón. No habría en Madrid mejor *landeau*, ni mejor *panier*, ni mejor *breack*, que el que saliera de *mi* cuadra. Y todo construído por artistas españoles. Tendría además coches fúnebres, á cuyo lado parecerían carretas los de *The Funeral*, y en poco tiempo sería diez veces millonario; que nadie como los muertos hace tan ricos á los vivos.

– Pues yo, – continuaba un albañil, – huiría de todo lo que me recordara mi oficio. Bastante he trabajado al cabo de mis años, y bien dice el refrán que «el que más trabaja, come paja.» Comer y beber bien, vestir mejor, y nada de andar por las alturas, ni de las casas privadas, ni de las cosas públicas; que de las grandes alturas sólo nacen los grandes batacazos.

– Pienso lo mismo, – añadía un tercero, – en cuanto á comer y beber y vestir bien. Pero el hombre debe picar más alto cuando le favorece la fortuna. He sido oficial de pastelero durante veinte años, y me seduce la política. El arte de gobernar y el arte de hacer pasteles se dan la mano. ¡Ya se ve! Papeles para colocar el género, papeles para envolverlo, siempre entre papeles, no hace uno más que amasar ideas y confeccionar principios, y el que anda entre papeles y pasteles va á dar de cabeza en la política.

– Pero lo primero es darse buena vida.

– Y gastar y triunfar.

– Y gozar mucho.

– Y trabajar poco.

Reinaba, al parecer, la mayor conformidad entre los concurrentes.

– ¿Y tú, Simón, qué harías? – preguntaron á un zapatero del portal de enfrente, que así echaba unas copas en el portal como unas medias suelas en la taberna.

El interpelado estaba sentado, en una mesa apartada, ocupado en hacer pasar el vino de una jarra colosal á un vaso no pequeño, y del vaso á su insaciable estómago.

– Que ¿qué haría yo, – respondió de mal talante, – si me tocase «el premio gordo?...» Pues una cosa muy sencilla: haría... lo que debo hacer. ¡Yo hago siempre lo que debo!

– Y debes lo que bebes, – añadió uno de sus alegres camaradas.

– Y bebes más que debes, – prosiguió otro.

– Y debes más que bebes, – afirmó el tabernero.

Simón apuraba el vino trago á trago y lo saboreaba gota á gota, y acogía las bromas y chanzonetas de sus camaradas con ese olímpico desdén, propio de los hombres grandes... y de los grandes bebedores.

– Con que vamos, Simón, – continuó el tabernero, – complace á esta asamblea, diciendo lo que harías si tuvieras esa suerte.

– Pues es muy sencillo, – respondió el remendón: – procuraría que no fuese mi desgracia.

– ¡Bah! Eso es «una perogrullada.»

– Pero, en fin, ¿qué harías?...

– ¿Qué haría?... – dijo Simón con el mismo aire de superioridad y de desdén. – Probablemente lo que no haría ninguno de vosotros. Ya lo sabéis: ¡Yo hago siempre lo que debo!

– Pero, hombre, acaba tu programa, – dijo el pastelero aspirante á político.

– Lo primero que haría es arrojar todos los chismajos, que veis en mi portal, hásta el portal de enfrente... lo más cerca.

– Harías, pues, lo que nosotros.

– No había de quedar, – continuó Simón, – ni un cacho de suela, ni un pegote de pez, ni una hebra de cáñamo... Todo había de ir rodando por esa calle abajo.

– Pero ¿qué harías después?...

– ¡Toma! ¿Qué había de hacer?... Comer y beber, vestir y dormir, gastar y triunfar, y no trabajar.

– Eso sería lo que tasase un sastre, – repuso amostazado el portalero. – ¡Yo hago siempre lo que debo!

– Pues yo soy sastre, – añadió un hombrecillo cojo y jorobado, medio oculto tras un pellejo de vino. – Y lo que tasaría es una albarda para todo el que trabaja siendo rico.

– Es verdad, – continuaron otros bebedores. – El trabajo es patrimonio de los pobres.

– Y de los burros.

II

EL PREMIO GRANDE

El auditorio asintió á lo dicho por los inspirados oradores.

Resonó en la calle la voz de un chicuelo, gritando:

– ¡La lista grande!

– Trae, muchacho; trae aquí.

– Es quince céntimos.

– La compraremos entre todos. «A escote, nadie es caro.»

– Tráela aquí, – dijo majestuosamente el portalero remendón. – Allá van tres perros chicos...

– Que no muerden... – repuso el muchacho, que siguió corriendo y gritando á toda voz:

– ¡La lista grande!

Entretanto los bebedores, agrupados al rededor de uno «más leído,» sacaban sus «apuntaciones» y veían hundirse, á impulso de los números, sus poco antes soberbios castillos en el aire. Inútil es decir que las interjecciones de despecho y de ira podían contarse por docenas.

Sólo Simón permanecía impasible, al parecer. Examinó con atención la lista, consultó después un papel guardado cuidadosamente entre la faja, repitió examen y consulta, apuró de un solo trago el vino de la jarra y salió de la taberna, cruzando con paso lento á su portal.

Pocos momentos después, el zapatero principió á tirar en medio de la calle todos los utensilios y materiales propios de su oficio.

III

¡YO HAGO SIEMPRE LO QUE DEBO!

– ¡Allá van mis existencias en suelas! – gritó arrojando un mazo de tapas y palas y plantillas. – ¡Allá van las suelas falsas, las suelas de cartón, – continuó, arrojando un rollo de «material» inglés.

– Pero, buen hombre, ¿qué hace V.?... – preguntaban atónitos algunos transeuntes.

– ¡Yo no soy «buen hombre»!... ¿Qué hago?... ¡Yo hago siempre lo que debo! ¡Allá van las formas de señora, y las formas de chiquillos! ¡Allá van las formas de caballero, y las formas de aguador!

– Pero, señor Simón, ¿está V. en su juicio? – decían algunos vecinos, condolidos al ver que el remendón tiraba su herramienta.

– ¡Allá van mis leznas y ruletas! – prosiguió impasible el portalero. – ¡Allá van los ovillos de hilo y cáñamo! ¡Allá va toda clase de mazos!

Y, uniendo el dicho al hecho, Simón arrojaba en medio de la calle cuantos objetos iba nombrando.

La espectación era general en los numerosos corrillos de curiosos, instalados junto al portal del zapatero.

– ¡Está loco! – decían unos.

– ¡Está borracho! – rectificaban otros.

– ¡Qué locura ni qué borrachera! – añadían los de la taberna. – Es que le ha tocado el premio grande.

Y una especie de corriente de admiración, no exenta de silenciosa envidia, circuló entre la muchedumbre.

– ¡Allá van botes de clavos y puntas y tachuelas! ¡Allá van vivos sin vida, y patas-de-cabra sin magia! ¡Allá van mazos y martillos de meter, y ganchos de sacar!

La maestra zapatera, avisada de lo que ocurría, se presentó iracunda y amenazadora.

– ¡Mal hombre! ¡Mal marido! ¡Borrachón! – gritó con toda la fuerza de sus pulmones. – ¿Qué estás haciendo, desgraciado?...

– ¡Yo hago siempre lo que debo! – prosiguió impertérrito Simón.

– ¡Temprano la has cogido! – continuó la zapatera. — Pero, ¿quieres que vayamos á parar al Pardo?...

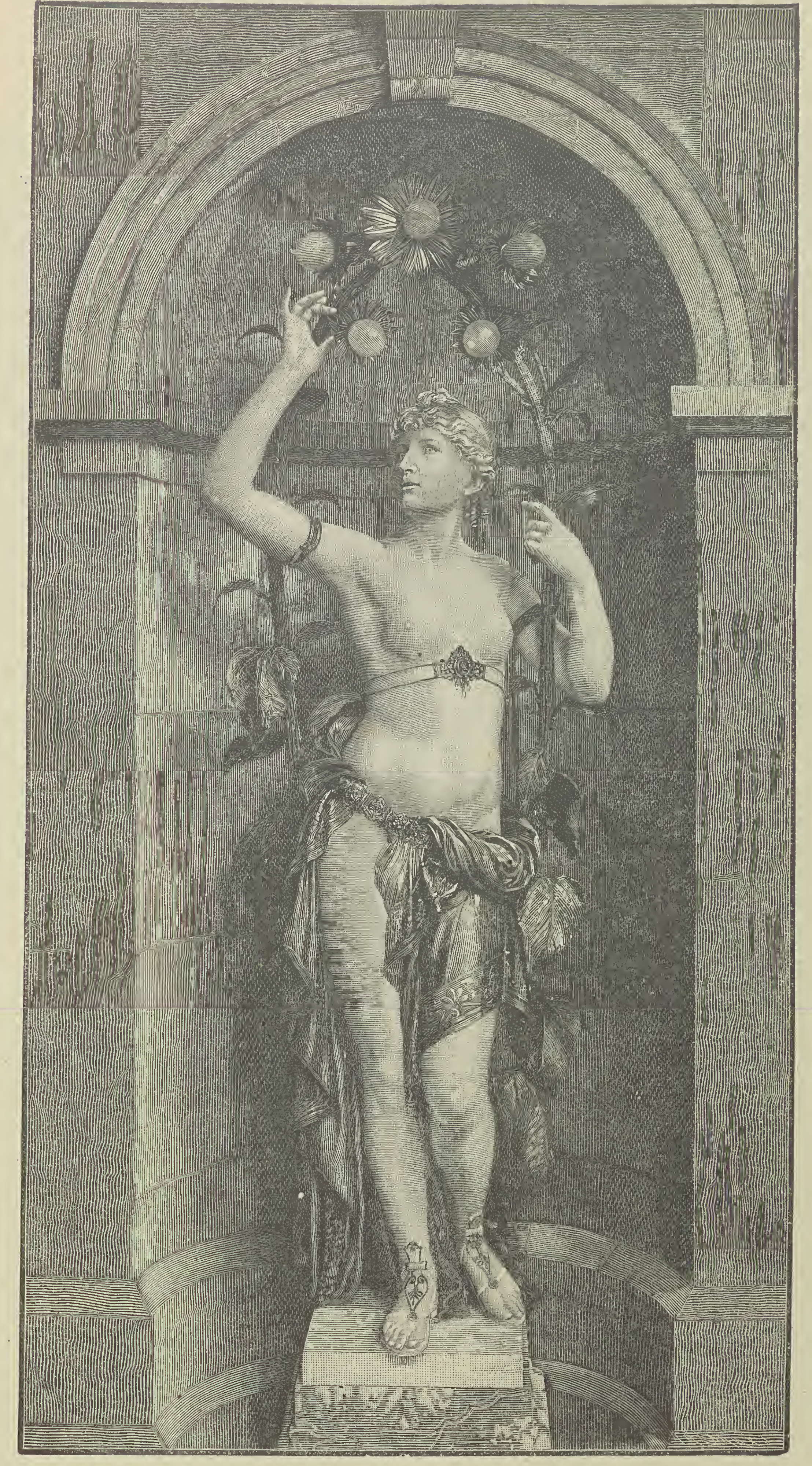
– ¡No te pegues á mí! – siguió diciendo el zapatero. – ¡Allá va el engrudo y va la pez! ¡Allá va el tirapie, el peto y el mandil!

– Pero ¡tú quieres que nos quedemos «por puertas» y sin portal! ¿No habrá quien dé á este borracho el amoníaco... ó la estrignina?...

– ¡Allá van las costas! Cuida tú de no pagarlas, – continuó Simón. – ¡Allá van los hierros y la lamparilla de lujar! ¡Allá va la mesilla y la espuerta de la herramienta! Y, para que nada quede, ¡allá va la tablilla del portal!

Y, una vez arrojada á la calle su «hacienda,» paseó majestuosamente su mirada sobre la numerosa y admirada concurrencia.

La que aumentó en términos tales, que fué necesaria la intervención de dos guardias de Orden público.



LA NINFA KLYSTIA, estatua-candelabro, destinada al teatro de la Corte de Viena, modelada por Juan Benky

Creían, sin duda, que se trataba de un presunto inquilino de la Casa de socorro ó del hospital, de la Moncloa ó de Ciempozuelos, y le preguntaron con acento brusco y tono autoritario:

– ¿Qué es lo que hace V., buen hombre?

– ¡Yo hago siempre lo que debo!

– Esa respuesta es un desacato.

– El desacato es de V., al llamarme «buen hombre.»

– ¿Leccioncitas á mí?... – refunfuñó el guardia.

– ¡Leccioncitas á nosotros!... – gruñó su compañero.

– «Buen hombre» – repuso el remendón – lo es cualquiera, pero no un millonario. Y, pues yo soy millonario, ya no soy «buen hombre.»

Enteraron á los guardias, y Simón exhibió su décimo, en confirmación de sus asertos.

– A ver, tú que entiendes más de números... – dijo un guardia al otro, pasándole lista y décimo.

– Es verdad, – añadió su compañero: – le ha tocado «el gordo,» y ya no es «buen hombre.» ¡Que sea enhorabuena!

Y procuraron deshacer los corrillos de curiosos, mientras el zapatero escondía el décimo entre las vueltas de la faja y abrochaba cuidadosamente el chaleco y la chaqueta.

– ¡Marido de mi alma! – gritó conmovida la zapatera, abrazando y besando á su marido. ¡Y yo que creía que todo era efecto de una «filoxera» ó de una «pítima»! Haces bien, hijo mío, en tirar toda la herramienta; que bastante has trabajado en este mundo. No has de estar siempre, como San Alejo, bajo esa escalera.

El casero de Simón llegó en aquel momento.

– Pero ¿qué has hecho, Simón? – preguntó admirado al zapatero.

– ¡No me llame V. de tú! – gritó Simón. – ¡Yo hago siempre lo que debo!

– ¡Mucho que sí! – continuó la zapatera. – Hace siempre lo que debe... y no se llama de tú sino á los perros... y á los pobres.

Informaron al dueño de la casa de la suerte del remendón, con quien conferenció á solas breve rato.

– ¡Yo hago siempre lo que debo! – le dijo de nuevo el zapatero. – Y prueba de ello es que, á pesar de mi cambio de fortuna, no me he olvidado de mi cargo de ex-portalero, y ya tiene V. alquilada la tienda.

Y continuó hablando aparte con el casero, hasta que acertó á pasar por aquella calle un coche de alquiler.

– Pára, tocayo, – dijo Simón al cochero.

Y, dándole instrucciones en voz baja, se instaló en el vehículo.

Antes de partir, el tabernero se aproximó con un vaso de vino.

– Simón, – dijo afectuosamente al zapatero, – ¿no bebes una copita por tu buena suerte?...

– ¡No me llame V. de tú!

Y, al partir el vehículo, añadió:

– Antes debía lo que bebía... Ahora bebo lo que debo.

IV.

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA.

La «espectación,» como ahora se dice, continuó largo tiempo entre los curiosos, sin que pudiera satisfacer su curiosidad la antes furiosa y ahora entusiasmada zapatera.

Cuando regresó Simón, sus camaradas y vecinos rodearon el coche; pero la maestra cuidó de alejar de ellos á su esposo.

Las enhorabuenas y los pláceme se repetían á porfía, pero las acogía Simón con cierto airecito de reserva y de desdén, que sin duda le hacían adoptar las pasadas bromas y los poco morales propósitos de sus amigos.

– ¡Qué fortuna la de Simón! – se repetía por todas partes. – Ya puede ahora dejar de trabajar!

– ¡Buenas pascuas va á pasar el maestro! – añadían otros. – Lo malo es que ni en un año suelen pagar el premio grande.

– Eso – repuso enfáticamente Simón – será lo que tase un zapatero.

– ¡Miren el pela-gatos! – murmuraban algunos á media voz. – ¿Irá él á conseguir lo que no han conseguido otros más ricos?...

– El gobierno – continuó Simón – puede quebrar al deber un millón á un zapatero. Y, como hago siempre lo que debo, ¿sabéis lo que he hecho?... Pues he cobrado ya: he negociado el décimo. Ahora no me importa que quiebre este gobierno.

Y dejó entrever, nada más que entrever, algún puñado de oro y algún fajo de billetes.

– ¡Si éste hace siempre lo que debe! – gritó enternecida la zapatera, alejando á su marido de la taberna y de sus habituales concurrentes.

No eran en verdad muy necesarios sus esfuerzos, pues Simón parecía acordarse de todo más que de la «asamblea» en que había sido «punto fuerte.»

Trascurrieron días, y Simón se dedicó tan sólo á pagar sus deudas, para «quedar en paz con todo el mundo,» según sus mismas palabras, y á preparar la tienda desalquilada con que, según decía, se había quedado un amigo de su mayor intimidad.

Albañiles, carpinteros, vidrieros, papelistas, trasformaron en poco tiempo aquel local. Llegaron después cuantas máquinas y herramientas, cuantos útiles y materiales se emplean en el arte moderno de zapatería, y el día de año nuevo se inauguró una lujosa tienda, propiedad de Simón, en que se dió trabajo á cuantos oficiales y guarnecedoras se presentaron á pedirlo.

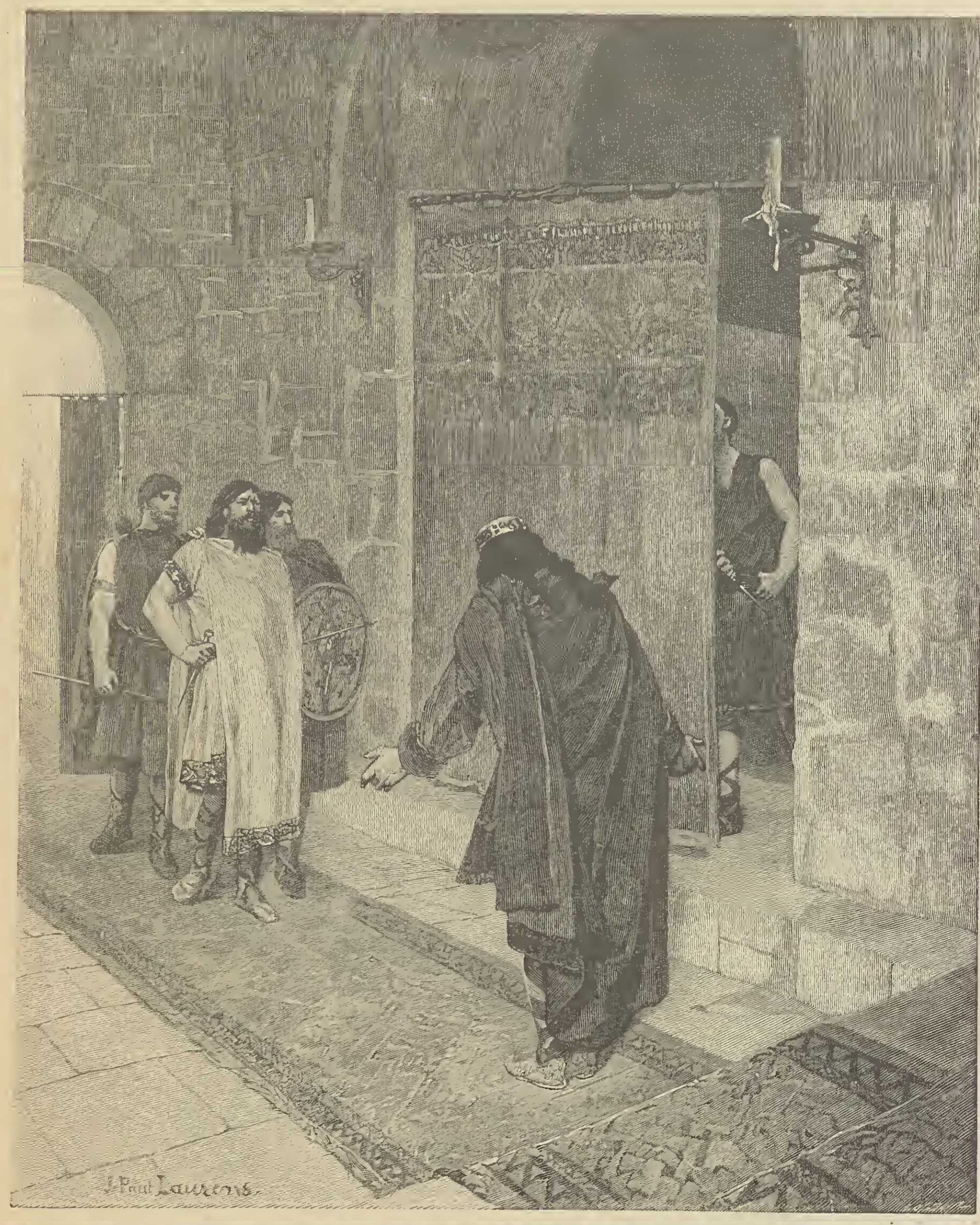
– Creíais – dijo Simón á sus antiguos camaradas – que la lotería iba á hacer de mí un vicioso, un derrochador, un loco, y os habéis equivocado. ¡Malhaya el hombre que con su suerte se labra su desgracia! Creíais que iba á disipar en pocos días el dinero que he ganado con el que he guardado real á real y duro á duro para comprar un décimo; que iba á desvanecerse en «juergas» continuas y en borracheras cuotidianas, y os habéis llevado un chasco grande. ¡Malhaya el que no sabe que nada divierte menos que la continua diversión! Creíais que la mayor felicidad es comer, beber, vestir, gozar... Y, aunque todo lo haré, lo que nunca haré es beber; al menos beber en la taberna. Creíais, por último, que la felicidad suprema es no trabajar; y yo, trabajando, aumentaré mis riquezas, y con ellas aumentaré las de los que tienen la riqueza del trabajo. El trabajo no es enemigo de la fortuna, por más que la fortuna no es siempre amiga del trabajo. No hay mayor trabajo que no querer trabajar... como no sea el querer y no poder tener trabajo. He tirado todos los trastos del portal, todos los materiales, todas las herramientas, para reponerlo todo y comprarlo todo nuevo.



¡YA ES VIEJO PEDRO PARA CABRERO!, cuadro de Hermann Kaulbach



EL PRIMER PASO EN EL MUNDO, cuadro de E. L. Garrido



LA EMBOSCADA. – TEODEBERTO Y THIERRY II, cuadro de J. P. Laurens

He tirado todo, menos las cuchillas, que siempre se pueden afilar, como los vicios se pueden siempre corregir. Y, como yo quiero afilar la cuchilla de la ociosidad y la cuchilla de la embriaguez, lo primero que he pensado, al ser rico, es en trabajar, y me he dicho: – ¡Zapatero,... á tus zapatos! Porque – ya lo sabéis: – ¡Yo hago siempre lo que debo!

Luis Coll

EL BOBO DEL PUEBLO

CUENTO POPULAR

Pocos serán los españoles que no conozcan al bobo de Coria, sino de vista, por lo menos de nombre; pero aun serán en menor número los que no conozcan á un bobo, uno cualquiera. Los que viven en las grandes capitales conocerán no á uno sino á muchos. Conocerán al bobo de la aristocracia, esto es al que se cree valer más que sus prójimos porque *legatmente* desciende del rey que rabió; al bobo del talento ó sea al que escribiendo aleluyas ve con cierta compasión á Zorrilla; al bobo de la elocuencia, es decir al tartamudo que mira por encima del hombro á Castelar; al bobo... al bobo... pero no es á esta clase de bobos á la que yo me refiero; el bobo á que deseo aludir es al que hace de su bobería una profesión y con su bobería come sin trabajar y sin trabajar bebe y su máxima boba es ésta: Dadme pan y llamadme bobo. En una palabra, refiérome al bobo del pueblo, á ese que no tiene otro oficio que el de ir de puerta en puerta pidiendo y en todas partes halla gentes listas como Cardona que le den y que se rían del pobre bobo. A esta clase última pertenecía Baoro el bobo, pobre idiota que no tenía más apoyo que la caridad de los buenos vecinos de cierto pueblecillo de la provincia de Valencia de cuyo nombre bien quisiera acordarme, pero no puedo ó no quiero para no ofender á la listeza de sus habitantes.

Vivía Baoro sin pena ni cuidado, sin preocuparse de nada más que del momento presente.

Si tenía sed, bebía en cualquier manantial; si tenía hambre pedía á la primera vecina que encontraba sobre el dintel de la puerta, los mendrugos de pan sobrantes; y si el sueño le atormentaba, nunca le faltaba un pajar donde fabricarse el lecho.

Este Baoro pues, de que os estoy hablando, caminaba cierto día á la ventura, por entre las sombras de un espeso pinar, y como quiera que en su estómago empezase á sonar con fuerza el toque del mediodía, dejando el bosque, salió á buscar una quinta que en las inmediaciones de aquél existía y se dirigió á ella en demanda de refacción.

Justamente á la puerta de la casa se hallaba arrodillada en el suelo la moza de la quinta, armada de estropajo y arena, en ademán de fregar pucheros y cazuelas todavía pringados con restos de la comida; pero en cuanto oyó la voz de Baoro reclamando su parte por el amor de Dios, se detuvo, y alargó al simple un caldero.

– Toma, Baoro, rebaña eso, y reza un Padre nuestro por los cochinillos que no quieren engordar.

El simple se acomodó en el suelo, colocó entre sus piernas el caldero, y se puso á rascar con sus uñas las adherencias grasientas; pero poca sustancia lograba sacar, pues ya todas las cucharas de la casa, y alguna que otra lengua, le habían precedido en aquella ímproba y poco provechosa tarea.

Sin embargo él se chupaba los dedos de cuando en cuando, haciendo chascar la lengua en señal de satisfacción, como si en toda su vida hubiese gustado cosa mejor.

– ¡Qué rico está esto! ¡qué rico está! ¡Buenas manos tiene la que lo ha guisado!

La moza, que en aquel momento entraba en la casa, se volvió halagada por aquella lisonja.

– ¡Pobre muchacho! ¿Cómo lo puedes conocer si apenas queda nada? Vamos, ahora te daré un pedazo de torta.

Y con efecto, á poco volvió con un buen trozo de la torta que hacen los pastores, amasada sobre una zalea, y cocida al rescoldo, y se la dió al simple que, comiéndola con verdadera avidez, decía con la boca llena, y sin dejar de mascar: – ¡Qué rica! ¡qué rica! No la comerá mejor el rey de Sevilla.

– ¡Ah! ¿pues si probaras unas aceitunitas verdes que tengo y unos pimientos en salmuera? – exclamó la aldeana, agradecida á aquella nueva alabanza de Baoro. – Voy á sacar unas pocas.

Y con efecto, á poco volvió con un plato en colmo, de aceitunas partidas, en medio de las cuales campeaba un magnífico pimiento verde, cortado por su eje vertical en cuatro partes iguales.

– De aquí á la gloria, – dijo el idiota; y cogiendo á puñados las aceitunas, en breve espacio dió cuenta de ellas, del pimiento y del pedazo de torta.

Entre tanto, la criada de la quinta iba y venía, mirando con singular complacencia á su convidado y enternecida, sin duda, por el buen apetito que demostraba éste, no dejaba de añadir alguno que otro regalo, que eran siempre nuevo combustible arrojado á la hoguera del entusiasta agradecimiento de Baoro.

Mientras éste se hallaba de tal manera ocupado en restaurar sus fuerzas, he aquí que se presenta á la puerta de la quinta un caballero armado de punta en blanco, que deteniéndose junto á la moza, la preguntó por el camino que más rectamente conducía al castillo de Condor.

– ¡Cómo! ¡Dios santo! ¿Pensáis ir allá?

– Justamente, – respondió el caballero; – ese es mi intento; y habéis de saber, que de tan lejos vengo por realizarlo, que antes de llegar á este sitio he necesitado estar andando día y noche, por espacio de tres meses.

– Y ¿qué buscáis en Condor? – replicó la campesina.

– Vengo en busca de la fuente de oro y la lanza de diamante.

– ¡Uy! – exclamó Baoro: – ¿de oro y diamante? ¿Eso debe valer mucho dinero?

– Ya lo creo, – repuso el extranjero: – vale más que todas las coronas de la tierra. La fuente tiene dos virtudes inapreciables; en primer lugar produce todos los manjares y todas las riquezas que el corazón desea, y además de esto, no hay enfermedad ni dolencia que no cure. Hasta los muertos mismos vuelven á la vida, con sólo aproximarles la milagrosa fuente á los labios. En cuanto á la lanza de diamante, es tal su virtud, que todo cuanto toca queda roto y deshecho en el acto.

– ¿Y quién posee esa lanza de diamante y esa fuente de oro? – preguntó Baoro lleno de asombro.

– Un mágico que se llama Cariganus y que habita en el castillo de Condor, – contestó la moza. – Todos los días pasa por el confín del bosque montado en su yegua negra, seguida por un potro de trece meses; pero nadie se atreverá á atacarle, porque en su diestra lleva la mortífera lanza.

– Es cierto, – repuso el caballero; – pero la orden de Dios le prohibe usar de ella en el castillo de Condor; en cuanto entra en él, la fuente y la lanza son guardadas en un oscuro subterráneo que ninguna llave puede abrir. Por esta razón voy á buscarle y atacarle en el mismo castillo.

– ¡Ay, Señor! me parece que no vais á salir airoso en vuestra empresa, noble caballero. Más de otros ciento lo intentaron antes que vos, sin que ninguno haya vuelto á parecer.

– Ya lo sé, buena mujer; pero sin duda no habrían recibido como yo, las instrucciones del ermitaño Dorón.

– ¿Y qué os ha dicho el ermitaño?

– Me ha indicado todo lo que tengo que hacer. En primer lugar, he de atravesar la selva de los Engaños, en la que se emplearán toda clase de encantamentos para aterrarme y hacerme perder el camino. La mayor parte



EXCOMUNIÓN DE ROBERTO EL PIADOSO, cuadro de J. P. Laurens

de mis predecesores, después de haberse extraviado, han muerto allí de frío, de hambre ó de fatiga.

–¿Y si vos lográis atravesarla? – le preguntó el idiota.

– Si salgo sano y salvo de la selva, tropezaré con un enano armado con un dardo de fuego que reduce á cenizas todo cuanto toca. Este enano se halla establecido junto á un manzano, del que debo precisamente coger una manzana.

–¿Y luego?

– Después encontraré la *rosa riente* guardada por un león, cuya melena está formada de víboras; y deberé coger la flor, con la cual habré de atravesar el lago de los dragones para combatir al hombre negro, armado de una bola de hierro, que tiene la virtud de dar siempre en el blanco, y volver luego por sí misma á la mano de su dueño. Y por fin entraré en el globo del placer, en donde se ofrecerá á mi vista todo lo que puede tentar á un cristiano, y retenerle; y llegaré á un río que no tiene más que un vado. Allí encontraré una señora vestida de negro, á la cual tomaré á grupa, y que me dirá todo lo que debo hacer.

La campesina trató de convencer al caballero de la imposibilidad de salir victorioso de todas aquellas pruebas; pero éste le contestó que aquel no era asunto para ser juzgado por una mujer; y después de hacerse indicar el camino del bosque sacó su caballo á galope y desapareció por entre los árboles. La moza de la quinta exhaló un hondo suspiro, y declaró que aquel caballero sería una víctima más, cuya alma iba bien pronto á presentarse ante el Juez eterno. Dióle algunos mendrugos de reserva á Baoro y le invitó á que siguiera su camino.



REPUDIO DE BERTA, MUJER DE ROBERTO EL PIADOSO, cuadro de J. P. Laurens

Este iba á seguir el consejo, cuando llegó el dueño de la quinta. Precisamente acababa de despedir al muchacho que guardaba las vacas en el prado, y estaba resolviendo en su mente el medio de reemplazarlo.

La vista del simple fué para él un rayo de luz; creyó encontrar en él lo que necesitaba, y después de algunas palabras indiferentes, cambiadas con él, le preguntó bruscamente si quería quedarse en la quinta para cuidar el ganado. Baoro se quedó confuso por un momento, y se sintió al pronto inclinado á cuidarse á sí solo, pues no había nadie en cien leguas á la redonda que tuviese tanto valor como él para no hacer nada. Pero todavía se estaba relamiendo con el recuerdo del opíparo banquete que acababa de disfrutar, y la reminiscencia de tantas golosinas le decidió al fin por la afirmativa y aceptó la proposición del colono.

Este le condujo al prado, contó en voz alta todas las vacas, sin olvidar las crías; le cortó una varita de coscojo, para que las guiara, y le encargó mucho que las volviese á casa á la puesta del sol.

Y he aquí á Periquito hecho fraile, es decir á Baoro el bobo convertido en corregidor de las vacas, teniendo que impedirlas causar daños, y corriendo de la blanca á la pía, y de la pía á la negra para contenerlas dentro de los pastos.

Entre tanto que de este modo corría de uno para otro lado, sonaron de repente pasos de caballo, y á poco, apareció por un sendero del bosque el gigante Cariganus montado en su yegua, y seguido del potrito de trece meses.

Suspendida del cuello llevaba la fuente de oro, y empuñaba con la diestra la lanza de diamante, que brillaba como un ascua. Baoro espantado, se escondió tras de un matorral; el gigante pasó por su lado y siguió su camino, pero por más que el simple hizo para reconocer éste, no lo pudo conseguir, pues nada se veía del lado por donde el mágico había desaparecido.

Todos los días llegaban nuevos caballeros en busca del castillo de Condor, pero ninguno de ellos volvía ya. En cambio el gigante hacía con toda tranquilidad su cotidiano paseo; y Baoro que se había acostumbrado á verle, ya no se escondía y se quedaba mirándole encantado, y destellando en sus ojos el ardiente deseo que más grande cada día avasallaba su corazón, de poseer aquella magnífica fuente y aquella preciosa lanza. Pero ¡ay! con esto sucedía lo mismo que con el juicio de las mujeres; era una cosa más fácil de desear que de conseguir.

Una tarde que se hallaba Baoro solo en el prado, como de costumbre, vió aparecer en el lindero del bosque un hombre con una gran barba blanca, al cual tomó por otro aventurero más que iba en busca del misterioso castillo de Condor. Así pues, creyendo adelantarse á su deseo, empezó á indicarle la dirección que debía seguir.

– No necesito que me enseñéis el camino, – replicó el anciano, – le conozco muy bien.

–¡Cómo! ¿habéis estado en él y el mágico no os ha matado? – exclamó el bobo juzgando imposible aquel suceso.

– Porque nada tiene que temer de mí. Yo soy hermano de Cariganus; me llaman Senil el Brujo; pero como á pesar de mi poder, me perdería en el bosque de los Engaños, cuando quiero visitar á Cariganus vengo aquí, llamo á su potrito negro, y montado en él llego hasta el castillo.

Y esto diciendo, trazó tres círculos en el aire, otros tres en el polvo, pronunció en voz baja tres palabras de esas que sólo el demonio las entiende, y después en voz alta exclamó:

Potrito bonito, potrito ligero,
Acude al conjuró, que aquí ya te espero.

El potro apareció casi en el mismo instante, y se llegó dócil y manso al hechicero; éste le puso una cuerda al cuello, ató el otro extremo á la mano izquierda del bruto, y saltando sobre él, ambos desaparecieron en la espesura de la selva.

Baoro no contó á nadie aquella aventura, pero comprendió por ella, que lo primero que había que hacer para llegar á Condor, era apoderarse del potro que conocía el camino. Desgraciadamente le faltaba saber trazar los círculos mágicos y hacer el conjuro para que surtiera efecto el llamamiento aquel de

Potrito bonito, potrito ligero,
Acude al conjuro, que aquí ya te espero.

Había, pues, que buscar otra manera de hacerse dueño del caballito, y luego, coger la manzana y la flor, y librarse de la bola de hierro, y cruzar el valle de los placeres. ¡Demasiadas dificultades eran aquellas para un pobre bobo!

Sin embargo, á fuerza de pensar en ello noche y día, Baoro acabó por persuadirse de que podría vencerlas.

Los que son fuertes, van á buscar de frente el peligro, fiados en su fuerza; y para ellos se han escrito aquellas palabras de la Biblia: *el que ama el peligro, perecerá en él*. Pero los débiles, atacan por el flanco, y suelen salir mejor librados. No pudiendo, ni soñar siquiera, luchar con el gigante, Baoro resolvió recurrir á la astucia. En cuanto á las dificultades, no le intimidaron; pues recordaba y tenía muy presente que los nísperos cuando se les coge, están duros como piedras, pero con un poco de paja, y paciencia, acaban por ponerse blandos como masa.

Hizo, pues, sus preparativos, que consistieron en lo siguiente: una cuerda de cáñamo negro; un lazo de becadas que roció con agua bendita; una bolsita que llenó de engrudo y plumas de alondra; un rosario; un silbato de boj, y un mendrugo de pan untado con tocino rancio. Hecho esto, desmenuzó el pan de su desayuno á lo largo del camino que invariablemente seguía Cariganus con su yegua y su potranco.

A la hora acostumbrada aparecieron los tres, y atravesaron el prado como de ordinario; pero el potro, que andaba con la cabeza baja y olfateando entre la hierba, al encontrar las miguitas de pan, se detuvo y se puso á comerlas. El gigante y su yegua se perdieron de vista, entre tanto, y el potro se quedó solo. Entonces Baoro se acercó á él por detrás, y con mucho cuidado, sin hacer el menor ruido, tiró la guita al cuello del animal, y sujetándole de este modo le ató el extremo de la cuerda á la mano izquierda, y saltando sobre el lomo, le dejó caminar á su antojo, seguro de que el caballito, que conocía el camino del castillo, no dejaría de conducirle á él, y efectivamente, el potro tomó, sin vacilar, una de las sendas más intrincadas, y siguió por ella con toda la rapidez que le permitía la traba que le sujetaba el pie izquierdo al cuello.

El bobo temblaba como un azogado y en verdad que había motivo para ello. Todos los encantos del bosque se habían reunido para aterrarle. Tan pronto era un abismo sin fondo el que se abría á sus pies para tragarle, como los árboles que se incendiaban, formando á su alrededor una atmósfera de fuego, como un riachuelo que al atravesarlo se convertía en furioso torrente que amenazaba arrastrarle juntamente con su cabalgadura; ó bien al pasar por el pie del monte, este parecía desgajarse en enormes rocas que lo iban á aplastar. En vano el pobre idiota trataba de serenarse diciéndose que aquello no eran más que ficciones y sortilegios del hechicero, pero la ilusión era tan perfecta, que la sangre se le helaba en


ALEJANDRO I, rey de Servia (de una fotografía)


JUAN RISTITSCH, regente del reino (de una fotografía)

las venas, y el frío le llegaba á los huesos. Ultimamente tomó el partido de calarse el gorro hasta las narices, y cerrar los ojos además para no ver nada, y fiarse al seguro instinto del potro.

Al cabo de cierto tiempo llegaron á una llanura, donde todos los encantos cesaron. Entonces Baoro levantó su gorro, abrió los ojos y miró en derredor. Vió un terreno árido y más triste que un cementerio. Acá y allá se veían esparcidos los esqueletos de los caballeros que habían acudido á buscar el castillo de Condor. A su lado se hallaban los cadáveres de sus respectivos caballos, y algunos lobos grises se cebaban en sus últimos despojos.

Más adelante entraron en una verde pradera sombreada toda ella por un solo manzano, pero tan cargado de fruto, que sus ramas, cediendo al peso, tocaban en tierra; delante de él se hallaba el enano, el que reducía á cenizas todo cuanto tocaba.

Al ver á Baoro, lanzó un grito semejante al de la corneja de mar, y blandió su dardo; pero el bobo, sin dar señales de sorpresa, se quitó el casquete con la mayor urbanidad y dijo:

– No os molestéis, amable principito: mi objeto es sólo pasar al castillo de Condor, cuyo dueño el poderoso Cariganus ya me espera.

– ¿A tí? ¿Y quién eres tú?

– El nuevo criado de Su Excelencia; el que él espera; pues ¿no lo sabéis?

– Yo no sé nada, pero se me figura que tienes cara de muy embustero.

– Perdonad, perdonad, amable principito, no es ese mi oficio. Yo soy cazador de pájaros con liga. Pero, por Dios, no me entretengáis; el mágico me necesita, y en prueba de ello, aquí tenéis su potranco que me ha dejado para que pueda llegar cuanto antes al castillo.

El enano pudo observar entonces que efectivamente la bestia que montaba Baoro era el potro negro de Cariganus, y comenzó á pensar que el joven podía muy bien decir verdad.

Por otra parte, tenía éste un aire tan candoroso, que no parecía sospechoso de inventar una historia; pero á pesar de todo, el enano quiso disipar un resto de duda, y le preguntó para qué quería el gigante *un pajarista.*

– ¡Oh! ¡oh! – contestó Baoro; – pues á fe que le hace poca falta. Figuraos que los pájaros no le dejan fruta ni grano en su jardín.

– ¿Y qué harás tú para impedir que se lo coman?

– Comerlos á ellos. – Y así diciendo, enseñó al enano la pequeña artimaña que para cazar pájaros llevaba, explicándole su uso, y acabando por asegurar que ninguno podría escapar.

– Ahora lo vamos á ver. Mi manzano está sumamente castigado por los mirlos y los tordos. Si es verdad que tu aparato los prende, te dejo pasar.

Baoro se allanó á la proposición; ató el potro á un árbol, se acercó al tronco del manzano, y sujetó en él uno de los extremos del lazo; entregó el otro al enano, y le rogó que tuviese firme, en tanto que él preparaba la liga.

El enano consintió en ello, y cogió la cuerdecita; pero inmediatamente, Baoro el bobo tiró del otro extremo, y el nudo corredizo, haciendo su oficio, apretó la muñeca del enano, que vino á quedar de este modo atrapado como un pájaro. Al verse así burlado, su furor no reconoció límites, é hizo infinitos esfuerzos para librarse; pero el cordelillo había sido empapado en agua bendita y resistió sin romperse. Entre tanto, el bobo corrió al manzano, cogió la mejor poma, recobró su cabalgadura, y partió saludado por las imprecaciones y blasfemias del enano.

Al salir de aquella llanura, nuestro héroe se encontró con un encantador bosquecillo, compuesto de las plantas y arbustos más preciosos. Allí se veían rosas de todas clases y colores; claveles, jacintos, heliotropos, lilas y por encima de todo, una flor maravillosa que sonreía; pero en derredor del bosquecillo, daba vueltas incesantes un furioso león cuya melena era de víboras encrespadas, el cual giraba sus irritados ojos, hacía rechinar sus dientes con un siniestro ruido, y lanzaba unos espantosos rugidos que semejaban al trueno retumbando en una caverna del alto monte.

Baoro se detuvo y saludó otra vez; pues sabía muy bien que delante de los poderosos hace más papel un sombrero en la mano que en la cabeza; deseó toda clase de felicidades, así al león como á su apreciable familia, y preguntó con la mayor humildad si estaba en buen camino para llegar á Condor.

– ¿A qué vas á Condor? – preguntó con terrible acento, en vez de contestar el león.

– Perdonad, señor león; soy enviado de una noble dama muy querida del caballero Cariganus, la cual deseando obsequiarle le envía los menesteres necesarios para confeccionar un pastel de alondras.

– ¿Alondras? – replicó el león lamiéndose los mostachos. – Ya hace mucho tiempo que no las he probado; y vaya si me gustan! Dime, ¿llevas muchas?

– Cuantas caben en este saco, noble señor, – contestó el bobo, enseñando la bolsa rellena de engrudo y plumas.

Y para dar mayores apariencias de verdad á sus palabras, se puso á remedar el canturreo de las alondras.

Esto acabó de avivar el apetito de la fiera.

CARLOS QUEVEDO

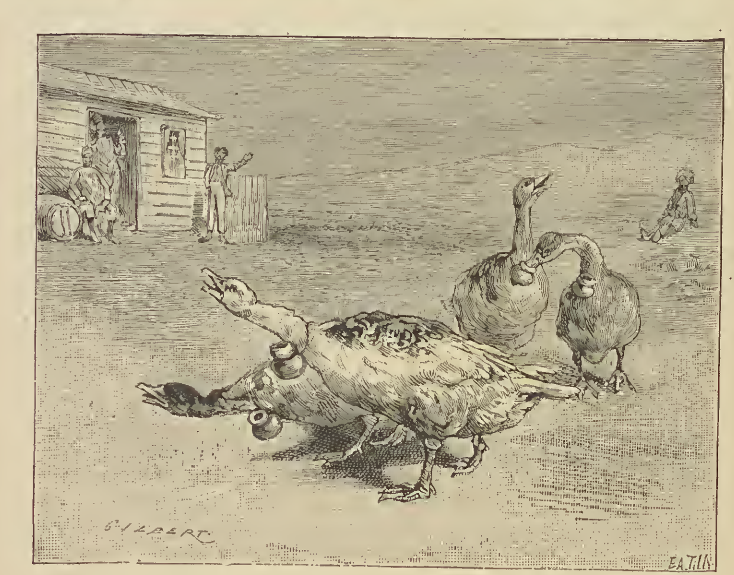
(Continuará)

CRÍA DE GANSOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

La cría de gansos en los Estados Unidos adquiere de día en día proporciones considerables y á veces se practica en condiciones bastante curiosas.

En aquel país se consumen anualmente para la fabricación de colchones y almohadas 1.350,000 kilogramos ó 135 vagones de plumas. Como de un ganso sólo se sacan 450 gramos de plumón, se necesita, para obtener tan enorme masa, desplumar todos los años un número de aves más que el doble del de kilogramos que representan, es decir, unos tres millones. Los Estados que se dedican con especialidad á la cría de gansos son el Illinois, la parte meridional del Missouri, Kentucky, Alabama y Tennessee. Se requiere un clima frío para que la pluma sea blanda y fina, sin que el rigor de la temperatura haga la operación onerosa, porque si el invierno es muy crudo, los gansos no pueden encontrar alimento en el suelo ó en las aguas heladas, y se los ha de mantener en el corral, consumiendo cada uno de ellos tanto grano como un carnero. Las regiones cálidas tampoco se prestan á la cría lucrativa de estas aves, porque carecen de agua. Verdad es que los americanos saben remediar este inconveniente, si se ha de dar crédito á la siguiente anécdota, referida por el *Atlanta Constitution*, periódico de Georgia.

Viajando cierto habitante de Atlanta por el Alabama, encontró una mañana entre Portersgay y Millersville un mozo que guiaba una manada de gansos hacia un algodonal. Cada ganso llevaba colgada al cuello una calabaza llena de agua. Llamándole la atención el singular atavío de las palmípedas, el viajero preguntó al mozo la causa, y éste le dijo: «Estas calabazas contienen la provisión de agua de los gansos que pasan el día comiendo las malas hierbas de los campos de algodón, donde no encontrarían una gota de agua, y cuando una de las aves tiene sed, la satisface bebiendo en la calabaza de alguna de sus compañeras.»


Gansos americanos provistos de calabazas, llenas de agua para beber

En efecto; poco después el viajero vió como un ganso bebía introduciendo el pico en la calabaza del que tenía al lado, el cual no opuso resistencia alguna á prestarle este servicio.

(De *La Nature*)

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN